

Kerry Greenwood

Una detective inesperada

Traducción del inglés
de Pepa Linares

 Siruela

Nuevos Tiempos

A mi padre y a mi madre

Capítulo I

*Irá, centro de las verdes olas marinas,
... por su camino inexorable.*

WALLACE STEVENS,
«The Paltry Nude Starts on a Voyage»

Los cristales de la ventana inglesa saltaron por los aires. Gritaron los invitados. Por encima de la exclamación general se oyó el chillido penetrante de madame de St. Clair, la esposa del embajador.

— *Ciel! Mes bijoux!*

Phryne Fisher se levantó con toda tranquilidad y buscó a tientas un mechero. Hasta ese momento la velada había resultado tediosa. Después de los extenuantes preparativos de lo que todo el mundo consideraba el acontecimiento del año, la cena había sido una obra maestra culinaria, pero la conversación se hizo aburrida. A Phryne la situaron entre un coronel retirado de la India y un jugador de críquet *amateur*. El coronel se limitó a hacer unos cuantos comentarios convenientes sobre la comida, pero Bobby era capaz de enumerar todas las

puntuaciones conseguidas a lo largo de dos años en los encuentros de todos los condados... y las contó. De repente se apagaron las luces y la ventana estalló en añicos. Cualquier cosa que interrumpiera los partidos del Wisden del Country House era buena, pensó Phryne, y encontró el encendedor.

La escena que apareció a la luz vacilante fue confusa. Las jóvenes, que por lo general tienden a gritar, gritaban. El padre de Phryne daba grandes voces a la madre de Phryne, cosa no menos normal. Varios señores habían encendido cerillas y uno de ellos había tocado la campanilla. Phryne fue a la puerta, se dirigió al vestíbulo principal, donde colgaba abierta la puertecita de la caja de los fusibles, y bajó el interruptor que indicaba «Principal». El chorro de luz los espabiló a todos, salvo a los que tenían los sentidos empapados de ginebra. Y madame de St. Clair, agarrándose melodramáticamente el cuello, se dio cuenta de que su collar de diamantes, que al parecer contenía una de las piedras del collar de la zarina, había desaparecido. El grito superó todos sus esfuerzos previos.

Demostrando una sorprendente capacidad de dominar los acontecimientos, Bobby exclamó muy excitado:

—¡Dios mío! ¡Le han robado!

Phryne huyó del parloteo y salió fuera para inspeccionar la tierra que había debajo de la ventana, a través de la cual oyó que Bobby decía con toda ingenuidad:

—Habrás roto ese espléndido cristal antiguo para colarse de un salto y llevarse el botín. Audaz, ¿eh?

Phryne rechinó los dientes. Tropezó con la punta del zapato con una pelota y la cogió, era de críquet. Los cristales, casi todos en el exterior de la ventana, crujián a su

paso. Agarró a uno de los chicos del jardín y le pidió que trajera una escalera al salón de baile.

Al volver con los reunidos, llevó a su padre aparte.

—No me des la lata, niña. Tendré que investigarlos a todos. ¿Y qué pensará el duque?

—Papá, si separas a Bobby del resto, te ahorraré gran parte del bochorno —le susurró.

La tez de su padre, siempre encendida, aumentó hasta alcanzar la intensidad púrpura de una ciruela.

—¡Qué dices! Una buena familia que se remonta a la época del Conquistador...

—No seas tonto, papá. Te digo que lo hizo él, y si no lo sacas de aquí discretamente el duque se disgustará mucho. Detenlo a él y al pelmazo del coronel. Puede ser un testigo.

El padre de Phryne hizo lo que le mandaban y los dos caballeros se dirigieron a la sala de juegos escoltando al más joven.

—Oigan, ¿esto de qué va? —preguntó Bobby.

Phryne clavó en él unos ojos brillantes.

—Tú rompiste la ventana, Bobby, y birlaste el collar. ¿Vas a confesar o te digo yo cómo lo has hecho?

—No sé a qué se refiere —fingió, pero palideció al ver que ella sacaba la pelota de críquet.

—Esto lo he encontrado fuera, junto con la mayor parte de los cristales. Tú apretaste el interruptor de la luz y lanzaste la pelota contra la ventana para producir el estruendo. Luego arrancaste el collar de la garganta evidentemente sobrecargada de madame de St. Clair.

El joven sonrió. Era alto y tenía el cabello castaño y rizado y unos profundos ojos marrones, parecidos a los de las vacas de Jersey. No carecía de un cierto encanto, y

en ese momento lo desplegabá todo entero. Pero Phryne se mantuvo impertérrita. Bobby abrió los brazos.

—Si lo cogí, tendré que llevarlo encima. Cachéeme —propuso—. No habría tenido tiempo de esconderlo.

—No te preocupes —dijo ella, tajante—. Vamos al salón de baile.

Ellos la siguieron, obedientes. El chico del jardín colocó la escalera. Phryne subió intrépidamente (descubriendo a los asistentes sus ligas de lentejuelas, como le informaría después su madre) y pescó algo en la araña de cristal. Volvió al suelo sin percances y enseñó el objeto a madame de St. Clair, que dejó de llorar en el acto, como si le hubieran cerrado el grifo.

—¿Es suyo esto? —preguntó Phryne, mientras Bobby, con un breve gruñido, retrocedía hacia la sala de juegos.

—¡Por Dios! ¡Qué detención tan ingeniosa! —exclamó el coronel, lleno de entusiasmo, cuando permitieron salir al desgraciado de Bobby.

—Es usted una jovencita muy inteligente. ¡Enhorabuena! ¿Le importaría hacernos una visita a mi esposa y a mí mañana? Un asunto privado. Quizá es la mujer que estamos buscando, ¡bendito sea Dios!

El coronel estaba tan sólidamente casado y tan lleno de honores militares que no representaba ningún peligro para la virtud de Phryne, o para lo que quedara de ella, así que prometió acudir. Al día siguiente se presentó en Mandalay, el retiro campestre del coronel, más o menos a la hora que acostumbran los ingleses a tomar el té.

—¡Señorita Fisher! —dijo entusiasmada la esposa del coronel, que por lo general no era mujer dada a los entusiasmos—. ¡Adelante! El coronel me ha contado con cuánta inteligencia desenmascaró usted a ese chico...

Nunca me mereció confianza, me recordaba a los empleados jóvenes del Punjab que nos sisaban en la compra...

Acomodaron a Phryne. La bienvenida sobrepasaba sus méritos, así que enseguida sospechó algo. La última vez que le dedicaron tantos halagos con ese interés como distraído fue en casa de una familia de aristócratas rurales, convencidos de que les iba a quitar de encima al horrendo holgazán de su hijo solo por haberse acostado con él una o dos veces. La escena en la que declinó la propuesta de boda recordaba los primeros melodramas victorianos. Phryne tenía miedo de estar convirtiéndose en una cínica.

Se sentó a una mesa de ébano y aceptó una taza de té bien bueno. La habitación estaba abarrotada de dioses indios de cobre, cajas con grabados y taraceas y alfombras suntuosas; tuvo que apartar los ojos de una diosa Kali bien dotada que bailaba sobre un montón de hombres muertos con un puñado de cabezas decapitadas en cada mano negra, y se esforzó en concentrarse.

—Se trata de Lydia, nuestra hija —dijo el coronel, yendo al grano—. Nos preocupa. Tomó un rumbo extravagante en París, sabe usted, y llevaba una vida de jueguista. Sin embargo, es una buena chica con la cabeza sobre los hombros, y cuando se casó con un australiano pensamos que sería para bien. Parecía feliz, pero el año pasado, cuando vino a vernos, estaba espantosamente pálida y delgada. A ustedes, las mujeres de ahora, les gusta eso, ¿verdad? Pero estar en la piel y los huesos no puede ser bueno... Ejem, en fin. —El coronel vaciló al notar la mirada de alto voltaje que le dirigió su mujer y perdió el hilo—. Esto... sí, bueno, tres semanas después estaba

perfectamente, se fue una temporada a París y cuando la dejamos en Melbourne estaba fresca como una rosa. De pronto, nada más llegar allí, ya estaba mala otra vez. Y ahora viene lo más interesante, señorita Fisher: se fue a un balneario para seguir un tratamiento y se puso bien..., pero en cuanto volvió con el marido enfermó de nuevo. Y yo creo...

—Y yo estoy de acuerdo con él —añadió la señora Harper con ímpetu—. Pasa algo jorobadamente raro (disculpe la forma de expresarme, querida), y necesitamos una mujer de confianza para averiguarlo.

—¿Creen ustedes que el marido la está envenenando?

El coronel dudó, pero su esposa, muy serena, dijo:

—Bueno, ¿a usted qué le parece?

Phryne tuvo que admitir que el ciclo de enfermedades resultaba raro; en cuanto a ella, estaba desocupada. No le apetecía quedarse en casa de su padre haciendo arreglos florales. Se había dedicado al trabajo social, pero estaba hasta el gorro de los burdeles, las putas y el hambre de Londres; además, la compañía de las damas de caridad no casaba con su temperamento. A veces pensaba en regresar a Australia, donde había nacido en medio de una pobreza extrema, y ahora se le presentaba una excelente excusa para aplazar medio año las decisiones sobre su futuro.

—Muy bien, iré, pero a mis expensas e informaré cuando lo considere oportuno. No me acosen con telegramas histéricos o el asunto se irá al garete. Me haré amiga de Lydia por mis propios medios, así que no me mencionen cuando le escriban. Me alojaré en el Windsor. —Se estremeció al decirlo. La última vez que había visto aquel hotel fue en un frío amanecer, cargada de verduras pasadas que

venía de recoger en los cajones de los cerdos de Victoria Market—. Allí me encontrarán si sucede algo importante. ¿Cuál es la dirección y el apellido de casada de Lydia? Y díganme..., ¿cuánto heredaría el marido si ella muriera?

—El marido se apellida Andrews, y aquí tiene su dirección. Si ella muriera antes sin sucesión, él heredaría cincuenta mil libras.

—¿Tienen hijos?

—Todavía no —dijo el coronel, sacando un paquete de cartas—. A lo mejor quiere usted leer esto. —El coronel lo depositó en la mesita de centro—. Son de Lydia. Verá lo lista que es... y muy sensata con el dinero, pero ha perdido el juicio por ese Andrews —resopló.

Phryne abrió el primer sobre y empezó a leer.

Las cartas eran fascinantes. No tenían grandes méritos literarios, pero Lydia era una mezcla curiosa. Después de una disertación sobre las acciones del petróleo digna de un contable, se entregaba a un sentimentalismo tan empalagoso al hablar de su marido que Phryne casi no pudo seguir leyendo. «Mi supergato ha sido malo con su ratita porque la vio bailar anoche, en la cena, con un gato apuesto», leyó Phryne cada vez con más asco. «Y me costó dos horas de mimos que volviera a ser mi gatito bueno otra vez».

Mientras Phryne avanzaba como podía en la lectura, la esposa del coronel le llenaba la taza de té. Una hora más tarde, la joven estaba inundada de té y de sentimentalismo. El tono se volvía quejumbroso cuando Lydia llegaba a Melbourne. «Johnny se va a su club y abandona a su pobre ratita, que languidece en la ratonera... Me encontraba muy mal, pero Johnny se limitó a decir que había comido demasiado y se fue de cena. Se rumorea

que Peruvian Gold abre de nuevo sus minas. No invirtáis dinero en eso. Su contable se ha comprado un segundo coche... Espero que aceptéis mis consejos sobre la propiedad de Shallows. El terreno es adyacente a una iglesia con derecho de paso y eso no debe pasarse por alto. Doblará su valor dentro de veinte años... He transferido parte de mi capital al Lloyds, donde me dan medio punto más de interés... Estoy probando los baños y los masajes de madame Breda, en Russell Street. Me encuentro muy mal, pero Johnny se limita a reírse de mí».

Raro. Phryne apuntó la dirección de madame Breda en Russell Street y se dispuso a marcharse antes de que le ofrecieran más té.